

Gracias Señora

Por Langston Hughes

Ella era una mujer robusta y llevaba un gran bolso que tenía de todo, menos un martillo y clavos. Tenía una correa larga y lo llevaba cruzado sobre su hombro. Eran aproximadamente las once de la noche y estaba caminando sola, cuando un niño pasó corriendo por detrás de ella y trató de arrebatarle su bolso. La correa se rompió con un solo tirón que le dio el niño desde atrás. Pero su peso y el peso del bolso combinados hicieron que el niño perdiera el equilibrio y, en lugar de quitárselo y huir a toda velocidad como había pensado, se cayó de espaldas en la acera con las piernas levantadas. La corpulenta mujer simplemente giró y lo pateó en el ángulo derecho de su canguro azul denim. Luego se agachó, tomó al niño por la pechera de su camisa y lo sacudió hasta que le traquetearon los dientes.

Después de eso, la mujer dijo, "Recoge mi bolso muchacho, y tráelo aquí." Ella todavía lo sujetaba. Pero se inclinó lo suficiente como para permitir que el niño se agachara y recogiera su bolso. Luego dijo, "¿Dime, no te da vergüenza?"

Agarrado firmemente de la pechera de su camisa, el niño contestó, "Sí señora."

"¿Para qué lo querías?" pregunto la mujer.

El niño respondió, "Yo no quería."

"¡Eres un mentiroso!", dijo la mujer.

Para entonces, dos o tres personas que pasaban se detuvieron, se dieron vuelta a mirar y algunas se quedaron observando.

"¿Si te suelto, vas a salir corriendo?" preguntó la mujer.

"Sí señora", dijo el niño.

"Entonces no voy a soltarte", le contestó. Y no lo soltó.

"Lo siento mucho, señora, lo siento", susurró el muchacho.

"¡Ajá! Y tu cara está sucia. Lo primero que se me pasa por la mente es lavarte la cara. ¿No tienes nadie en casa que te mande a lavarte la cara?"

"No señora", dijo el niño.

"Pues esta noche te la lavarás", dijo la corpulenta mujer mientras comenzaba a caminar calle arriba, arrastrando al niño asustado detrás de ella.

El niño aparentaba tener catorce o quince años, frágil y salvaje como un sauce, llevaba zapatillas y vaqueros azules.

La mujer dijo, "Deberías ser mi hijo. Yo te enseñaría a distinguir lo que está bien de lo que está mal. Lo menos que puedo hacer ahora es lavarte la cara. ¿Tienes hambre?"

"No señora", dijo el niño mientras era arrastrado. "Solo quiero que me suelte."

"¿Yo te molesté cuando doblé en esa esquina?" preguntó la mujer.

"No señora."

"Pero tú te metiste conmigo", dijo la mujer. "Si piensas que meterte conmigo duraría poco, no sabes lo que te espera. Cuando acabe contigo, recordarás quién es la señora Luella Bates Washington Jones."

El rostro del niño se cubrió de sudor y él comenzó a luchar. La señora Jones se detuvo, lo sacudió delante de ella, le aplicó una llave media Nelson en el cuello y continuó arrastrándolo mientras caminaba calle arriba. Cuando llegó a su puerta, entró al niño arrastrándolo por un pasillo, y entró en una gran habitación amueblada con cocina en la parte trasera de la casa. Encendió la luz y dejó la puerta abierta. El niño podía escuchar a otros inquilinos riendo y hablando en la enorme casa. Algunas de las puertas estaban abiertas también, así que sabía que él y la mujer no estaban solos. La mujer todavía lo tenía por el cuello en medio de la habitación.

Le preguntó, "¿Cuál es tu nombre?"

"Roger", respondió el muchacho.

"Entonces, Roger, vas a ir a ese fregadero y te lavarás la cara", dijo la mujer, y después finalmente lo soltó. Roger miró la puerta, miró a la mujer y nuevamente hacia la puerta, y se acercó al fregadero.

"Deja correr el agua hasta que se caliente", dijo la mujer. "Aquí tienes una toalla limpia."

"¿Me va a llevar a la cárcel?" preguntó el niño, inclinado sobre el fregadero.

"No, con esa cara yo no le llevaría a ningún lado', ella contestó. "¡Estoy tratando de llegar a casa para cocinarme un bocado y tú me arrebatas mi bolso! Quizás ni siquiera has cenado, con lo tarde que es. ¿Has cenado?"

"No hay nadie en mi casa", dijo el niño.

"Entonces vamos a comer", dijo la mujer, "Creo que estás hambriento... o has estado hambriento... para intentar robarme mi bolso."

"Quería un par de zapatos de gamuza azul", dijo el niño.

"Bueno, no tienes que robar mi bolso para conseguir unos zapatos de gamuza", dijo la señora Luella Bates Washington Jones. "Me podrías haber pedido."

"¿Cómo dijo señora?"

El muchacho la miró, mientras el agua goteaba por su rostro. Hubo una pausa larga. Una pausa muy larga. Después de haber secado su rostro y sin saber qué más hacer, se secó nuevamente y se dio vuelta, preguntándose qué era lo que sucedería. La puerta estaba abierta. Él podría haber bajado a la carrera por el corredor. ¡Podía correr, correr, correr, correr, correr!

La mujer estaba sentada en el sofá cama. Después de un tiempo dijo, "Yo fui joven una vez y quise cosas que no podía conseguir."

Hubo otra pausa larga. El niño abrió la boca. Luego frunció el ceño, pero sin saber que lo hacía.

La mujer dijo, "¡Ajá! Pensaste que iba a decir pero, ¿no es así? Pensaste que iba a decir, pero yo no les arrebatava los bolsos a las personas. Bueno, no iba a decir eso." Pausa. Silencio. "Yo también he hecho cosas que no te contaría a ti hijo, ni tampoco a Dios, como si Él ya no lo supiera. Así que siéntate mientras nos preparo algo para cenar. Puedes peinarte el cabello con aquel cepillo, así te verás presentable."

En otra esquina de la habitación, detrás de un biombo, había una hornalla a gas y un refrigerador. La señora Jones se levantó y fue detrás del biombo. La mujer no observaba al niño para ver si iba a huir, ni tampoco miraba hacia su monedero, que había dejado en el sofá cama. Pero el niño tomó la precaución de sentarse en la esquina más alejada de la habitación donde pensaba que ella lo podía ver fácilmente por el rabillo del ojo, si quisiera. Él no confiaba en que la mujer no confiara en él. Y ahora tampoco quería que desconfiara de él.

"¿Necesita que vaya a la tienda?", preguntó el niño, "¿quizás para traer poco de leche o alguna otra cosa?"

"No creo necesitarlo", dijo la mujer, "a menos que tú quieras un poco de leche fresca. Yo iba a preparar un poco de chocolate con la leche enlatada que tengo."

"Eso estará bien", dijo el niño.

Calentó algunas habas y jamón que tenía en el refrigerador, hizo el chocolate, y lo puso en la mesa. La mujer no le preguntó al niño sobre dónde vivía, o sobre sus amigos, o sobre cualquier otro tema que lo hiciera sentir avergonzado. En cambio, mientras estaban cenando, ella le contó sobre su trabajo en el salón de belleza del hotel que permanecía abierto hasta tarde, cómo era el trabajo, y sobre las mujeres que entraban y salían de allí, rubias, pelirrojas y españolas. Luego, cortó la mitad de su pastel de diez centavos y se lo dio al niño.

"Come un poco más, hijo", dijo la mujer.

Cuando terminaron de comer se levantó y dijo, "Ahora, toma estos diez dólares, y cómprate los zapatos de gamuza azul. Y la próxima vez, no cometas el error de arrebatarme mi bolso ni el de ninguna otra persona, porque lo que consigas por el camino del pecado terminará quemándote en el fuego del pecado. Ahora tengo que descansar. Pero me gustaría que de aquí en adelante te portaras bien, hijo."

Lo llevó por el pasillo hasta en la puerta principal y abrió la puerta. "¡Buenas noches! ¡Compórtate, muchacho!", dijo la mujer, mirando hacia la calle.

El niño quería decir otra cosa que no fuera "Gracias, señora" a Luella Bates Washington Jones, pero a pesar de que sus labios se movieron ni siquiera pudo decir eso, mientras giró hacia la escalinata vacía y se dio vuelta para mirar a la corpulenta mujer que estaba parada en la puerta. Apenas pudo decir "Gracias" antes de que ella cerrara la puerta. Y nunca más volvió a verla.

Hughes, Langston. "Gracias Señora." Texto extraído de Short Stories of Langston Hughes, editado por AS Harper (223-226). Nueva York: Hill & Wang, 1997.